ocupado casi todo el territorio mexicano, temeroso de empeñar á sus tropas en una guerra con el formidable ejército americano y hundir á la Francia en una campaña muy seria, lejana y peligrosa, resolvió abandonar á Maximiliano y ofreció retirar de México sus soldados en diez y ocho meses:

Que el gobierno americano, conocedor de la perfidia de Napoleón III, humilló á éste espiando uno por uno de sus actos, y exigiéndole sin cesar evacuara á México en los términos convenidos:

Que el gobierno de la Unión, inquebrantable en sus propósitos, interrogó al gobierno francés sobre el resultado de la misión de Carlota, y lo conminó para que desaprobara la entrada al gabinete de Maximiliano de Osmont y Friant:

Y, por último, que cuando la deslealtad de la política imperial provocó desavenencias entre Maximiliano y Napoleón, que hicieron que éste anticipara la salida de su ejército, los Estados Unidos precipitaron la evacuación definitiva, amenazando al emperador francés con los cien mil soldados americanos que acampaban cerca de la frontera mexicana. Entonces Napoleón sacó su ejército de una sola vez, antes de la primavera de 1867.

Esta es la verdad histórica, que en nada mengua los gigantescos esfuerzos del patriotismo mexicano al combatir sin descanso al ejército invasor, reputado en Europa como invencible, tan disciplinado, y con tanta superioridad sobre los nuestros en armamento y recursos de todo género.

Quizá el amor propio nacional se sorprende é

irrita al descubrir en las notas diplomáticas que hemos coleccionado que no sólo al empuje de las bayonetas mexicanas se retiraron los franceses, sino que desocuparon á México por no comprometer á la Francia en una guerra desigual con los Estados Unidos; pero ante la evidencia el honor exige tributar un homenaje á quien lo merece y la justicia dar á cada uno lo que es suyo.

México no necesita glorias mentidas: con las muchas que abrillantan su historia le basta, sobre todo con las que conquistó durante la intervención francesa y después de ella para derrocar al llamado imperio.

III.

Un fenómeno asáz curioso se presentó durante el período álgido de la guerra de la segunda independencia, y fué que ni el gobierno constitucional de México ni los mexicanos conocían la actitud asumida por los Estados Unidos frente á la Francia imperial,

Los hombres de Estado que permanecieron al lado del Sr. Juarez, con su alta inteligencia preveían, adivinaban casi que el gobierno de Washington, mientras estaba ocupado en dominar la sublevación del Sur, toleraba con cautela la hostilidad de Napoleón III contra la Unión y se limitaba á protestar contra la fundación de un imperio en México;

pero que tan pronto como triunfara el Norte, el gobierno de la Unión se pondría en pie para exigir el alejamiento del ejército expedicionario en México.

Aislado en la frontera el Ejecutivo, apenas tenía vagas noticias de lo que acontecía en el centro del país y en el extranjero: sólo nuestra legación en Washington conoció lo levantado de la opinión pública en los Estados Unidos condenando la intervención, y algo de la correspondencia cruzada entre el gabinete de la Casa Blanca y el de las Tullerías.

Pero la correspondencia íntima entre Seward y el Ministro de Relaciones de Napoleón permaneció en el secreto diplomático, porque se interesaban en ello ambos gobiernos. Hasta fines de 1866 la prensa americana publicó algunos extractos de dicha correspondencia comunicada por el gobierno al Congreso de los Estados Uunidos: y ya vimos que el *Moniteur*, periódico oficial de Napoleón, negó que la nota de Seward de 23 de Noviembre había llegado á conocimiento del gobierno francés.

Y si el Sr. Juarez y sus Ministros no estaban enterados, pormenorizadamente al menos, de la coacción que, desde la ocupación de Richmond, ejercían los Estados Unidos sobre el emperador francés, ordenándole que desocupara á México, los heróicos jefes y soldados que en todo el territorio mexicano luchaban contra el extranjero y los traidores, mucho menos podían saber lo que ocurría en la República del Norte y en Francia, cuando en aquella cruenta guerra todas las comunicaciones estaban interrumpidas y nuestros héroes, remontados en las sierras y

montañas, apenas podían ocupar algunas veces poblaciones lejanas, donde no había siquiera un imperfecto servicio postal.

Sólo cuando se desplomó el titulado imperio en un lago de sangre, y se restauró la república, se publicó la correspondencia diplomática, de la que hemos tomado las principales piezas. En ella se reveló al mundo que la constante amenaza de los Estados Unidos apresuró el fin de la intervención francesa.

Y reveló más: que México no la solicitó, que nuestros generales jamás contaron con ella, y sin ella pelearon como bravos, fatigando á los invasores, frecuentemente vencidos y en algunas ocasiones vencedores de los franceses, derrotando siempre á las columnas austriacas y belgas, y arrollando constantemente á los traidores.

¿Pero fué sola la coacción norte americana la que provocó la retirada del ejército intervencionista? Evidentemente no.

Si desde que aparecieron en las aguas de Veracruz las escuadras de la intervención no se hubiera puesto México en pie de guerra para rechazarla; si al romperse los convenios de la Soledad nuestro ejército no se hubiera aprestado á combatir al francés, derrotándolo el 5 de Mayo frente á Puebla; si los cuarenta mil hombres de Forey no se hubieran estrellado en los muros de la misma Puebla, ocupándola sólo cuando no había municiones con que defenderla; si, perdida la capital y las principales poblaciones, nuestros héroes no hubieran mantenido

por tres años la guerra de montaña primero, debelando después las ciudades ocupadas por los imperialistas ..... en suma, si México hubiera reconocido el imperio sometiéndose al invasor, los Estados Unidos no hubieran podido protestar contra la intervención europea ni expulsar con su influencia del territorio mexicano al ejército de Napoleón III.

El triunfo diplomático fué pues de los Estados Unidos, que con su formidable actitud obligaron á Napoleón á romper el tratado de Miramar, á violar la convención del 30 de Julio de 1866 y á embarcar presurosamente todo su ejército antes que comprometerlo con los cien mil americanos acampados en Tejas.

Pero la inmensa, la esplendente gloria de la lucha á mano armada toca sólo á México.

IV.

Esa lucha fué homérica y con su audacia asombró á Europa donde se creía irresistible al soldado francés, y mereció el aplauso unánime del continente americano entero, que veía con admiración y respeto erguirse frente á la poderosa Francia á la República Mexicana pobre, desarmada casi, minada por la traición, desgarrada por larga guerra civil y plagada de multitudes hostiles fanatizadas contra ella por un clero conspirador é infidente.

Ni los desastres militares, ni los largos años de

prueba, ni las defecciones, ni los desengaños rebajaron la entereza de los Poderes de la Nación ni de los jefes republicanos, que improvisaban soldados, tras de cada derrota creaban nuevas tropas, y las armaban con los fusiles que quitaban al enemigo y con cuerpos bizoños causaban al ejército invasor graves pérdidas, hasta hacer comprender á Napoleón que la completa pacificación de México era una empresa imposible.

El glorioso triunfo del 5 de Mayo de 1862 hizo retroceder al ejército invasor á Orizaba, donde permaneció encerrado casi un año, sin emprender nuevas expediciones y salvándose de ser destruido gracias á la imprevisión que trajo la derrota de parte del ejército del centro en las lomas del Borrego.

Con esfuerzos supremos reunía el gobierno de la República los contingentes que daban los Estados, bien reducidos sin duda, porque cada entidad federativa tenía que defenderse de las numerosas gavillas de traidores que el clero armaba en todo el territorio.

El ejército invasor recibió, por el contrario, numeroros refuerzos. En Octubre de 1862 Forey acampaba en Orizaba con 30,000 hombres que trajo de Francia, y allí permaneció hasta el 17 de Febrero de 1863 en que salió avanzando tan lentamente que casi un mes empleó para llegar á Puebla.

El 17 de Marzo el cañón del fuerte de Guadalupe anunció que el invasor estaba frente á Puebla. En efecto, Forey llegó con sus refuerzos y los 5,000 soldados de Lorencez; y contando con las gavillas